

**SAHUARAURA, Justo Apu.** *Recuerdos de la Monarquía Peruana o bosquejo de la historia de los Incas.* Edición de Javier Flores Espinoza. 2 vols. Lima: Fundación Telefónica del Perú, 2002, 101+96 pp.

A caballo entre las postrimerías del período colonial y los albores de la República, emerge en el contexto cuzqueño un personaje, muy interesante y hasta algo pintoresco, que ha vivido y sufrido los principales procesos históricos de esa transición, como son el levantamiento de Túpac Amaru II, la rebelión de 1814, la Independencia y la Confederación Perú-Boliviana. El recorrido por la vida de nuestro personaje —don Justo Apu Sahuaraura es su nombre—, es también, y principalmente, un recorrido a través de los avatares de la historia regional del Cuzco de este período. Sahuaraura, quien se autoidentifica como el último descendiente de los incas, después de participar activamente en esos acontecimientos históricos se dedicó a escribir para la posteridad una suerte de testamento intelectual, que hoy llega a nuestras manos en una nueva y cuidada edición, después de aquella que se realizara en París en 1850 por voluntad del propio autor.

La obra de don Justo Apu Sahuaraura, *Recuerdos de la Monarquía Peruana o Bosquejo de la historia de los Incas*, sale a la luz gracias a un proyecto dirigido por Rafael Varón. La publicación se presenta en dos volúmenes: en el primero aparece la versión facsimilar de la obra con las valiosas ilustraciones de los gobernantes incas, mientras que en el segundo se encuentra el estudio realizado por el historiador Javier Flores Espinoza, un texto de la historiadora del arte Teresa Gisbert —extraído de su libro *Iconografía y mitos indígenas en el arte*— y la transcripción completa de la obra.

El estudio de Javier Flores, que es una importante contribución para la contextualización del personaje y el análisis del documento, consta de dos partes: la primera enmarca al autor en el contexto del Cuzco de la época, y la segunda estudia los manuscritos, su filiación y las acuarelas que representan a los incas. Flores inicia su análisis esbozando una explicación del lento declive del Cuzco iniciado a mediados del siglo XVII y la influencia que las reformas borbónicas tuvieron en este proceso desde una perspectiva sobre todo económica, centrada en la dinámica regional. Para explicar el papel que desempeñaba en el sistema colonial la elite indígena, a la cual pertenecía nuestro personaje, el autor se remonta a los albores del período virreinal, cuando se dio el mantenimiento del sistema curacal. Luego, nos transporta al siglo XVIII, en que se dan una serie de procesos

vinculados con el reformismo borbónico tales como la política de reconocimiento de nobleza, estrategia empleada por la Corona para conseguir aliados; una mayor presión fiscal sobre los indios, producto de esta misma vocación imperialista; y la consiguiente erosión de la legitimidad de los curacazgos, especialmente por la proliferación de advenedizos que, poco a poco, fueron minando la tradicional autoridad. A este panorama se suma un aspecto más propiamente regional, lo que Rowe llamó el movimiento nacional inca o "cuzqueñismo", como lo denomina el autor. Así, el estudio preliminar nos pinta un cuadro bastante completo, que podría enriquecerse ahondando más en el contexto de la Confederación Perú-Boliviana, que es a partir del cual escribe don Justo. En este sentido, la obra de Sahuaraura hará eco del regionalismo cuzqueño, convirtiéndose en un buen exponente de este, y es desde este punto de vista que debemos sopesarla.

De gran valor son las acuarelas, puesto que constituyen una representación tardía de la clásica galería de los incas. Desde los primeros tiempos de la Colonia dicha iconografía pasó por un proceso de reelaboración, que fue arrojando diferentes versiones hasta bien entrada la República y se prestó para fines políticos distintos, pues la emplearon tanto las élites, criolla e indígena, como los Estados, primero el español y más adelante el republicano. La serie de la obra de Sahuaraura viene a integrar el conjunto de aquellas representaciones republicanas que Gisbert encuentra hasta la Guerra del Pacífico, y permite rastrear los antecedentes de esta iconografía hasta el siglo XVI en los paños remitidos a España por el virrey Toledo, o en los dibujos enviados a inicios del XVII a Garcilaso por los descendientes de Paullu. Es interesante la semejanza —sugerida tiempo atrás por Gisbert— de estas pinturas con las que aparecen en la *Década Quinta* de Herrera, que —como demuestra de modo convincente Flores— parecen haber sido el modelo para la elaboración de las que comentamos. En efecto, la serie del manuscrito publicado sería una copia abreviada del árbol genealógico original enviado a España por los descendientes de Paullu, del cual Herrera habría tomado las representaciones de los incas. En consecuencia, las acuarelas de la obra de Sahuaraura serían una copia tardía del árbol real incaico de Herrera.

La obra de Sahuaraura gira en torno de tres ideas fuerza: una genealogía para demostrar el origen noble del autor; una exaltación de la nobleza no solo en su aspecto social sino en los valores que rodean esta categoría; y una visión histórica providencialista de la caída de la nobleza inca y de su redención. Con respecto a esta última, es de destacar que don Justo manifiesta una visión providencia-

lista de la historia sustentada en una profecía que, en la obra, es puesta en boca de Manco Cápac, quien habla de la restauración del Imperio con la ayuda de un pueblo llamado Inglaterra; vaticinio que se habría cumplido con la victoria de Ayacucho. Dicha profecía fue recogida por Sir Walter Raleigh de labios de su prisionero Berreo, y después De Brye incorporó a su *América*, de donde la tomó Gabriel de Cárdenas para su prólogo a la segunda edición de los *Comentarios Reales*, publicada en Madrid en 1723. Flores apunta, con justa razón, cómo hasta ahora la relación entre los rebeldes tupamaristas y la profecía que aparecía en la edición de Garcilaso había sido enfocada a la luz de los testimonios hispanos, mientras que la obra de Sahuaraura —en palabras del estudioso— “nos muestra por primera vez cómo fue que un indio noble la entendió”.

La obra es, a todas luces, antihispanista; mientras que la nobleza incaica buscaba establecer una alianza con los españoles, estos no tenían la misma intención; más bien, lo que hicieron fue engañar al Inca. Así, Pizarro es tachado de “falso”, “mentiroso” y “traidor” por el autor, quien alude al fraude y al engaño alevoso del que fueron víctimas los incas. La razón última del engaño la encontraría Sahuaraura en un rasgo peculiar de los españoles debido a su procedencia social, esto es, su maldad y su codicia; que se convierten, a lo largo del discurso, en la antítesis del honor y de la lealtad de la nobleza inca. En su argumentación, sigue la postura de Las Casas, a quien elogia y secunda no solo en la idea de la ilegitimidad de la Conquista, sino también en la teoría de la restitución.

La obra evidencia una pronunciada influencia garcilasista, lo cual no sorprende pues el autor de los *Comentarios Reales* fue fundamental en la construcción del imaginario nacional en el Perú durante el siglo XIX, y ya desde el XVIII los intelectuales ilustrados hacían permanente referencia al cronista mestizo. Es el caso de Ignacio de Castro, rector de la institución en la que estudió don Justo, quien cita partes íntegras de su *Relación del Cuzco*. Sin embargo, no solo en el texto escrito se manifestó el discurso garcilasista, sino también en otros campos como la pintura, donde destaca justamente la galería de incas.

Sahuaraura traza una genealogía, de acuerdo con la “fiebre” por las genealogías desatada en el siglo XVIII, remontándose a la etapa de la Conquista; presenta a Huáscar como el legítimo heredero del trono inca, explica cómo se dio el fin de la estirpe de Manco y prosiguió la de Paullu, de la cual, evidentemente, descendía el ilustre linaje de los Sahuaraura. Al lado de la exaltación de la figura de Paullu como arquetipo de nobleza y heredero del trono, señala que a la muerte de

este, dicho honor recaía en sus descendientes. Don Justo se muestra, entonces, no solo como el legítimo descendiente de los incas, sino como el heredero de la borla imperial.

Tanto la figura cuanto la obra de Justo Apu Sahuaraura son de interés para los historiadores, pues hunden sus raíces en el siglo XVI y jalonan la historia nacional, y especialmente la regional, hasta entrada la República, no solo a través de sobresalientes acontecimientos históricos con los que guardan estrecha vinculación, sino también por medio de los discursos y representaciones que los crean y recrean a lo largo del tiempo. Por ello, nos aunamos a la crítica que hace Flores de la visión de grandes especialistas como Temple y Vicuña Mackenna, que fueron muy duros en su juicio. Si vemos a don Justo y su obra desde el punto de vista de la construcción de un imaginario regional o desde la autopercepción de los rezagos de una elite indígena entrada la República, definitivamente el personaje y su obra cobran gran relevancia para nosotros.

Claudia Rosas Lauro  
*Universidad de Florencia*